

Oración desde la vida

Pere Borrás SJ.

Introducción

Encontrar a Dios en las personas y en las cosas era una de las experiencias que Ignacio de Loyola vivió como un don del Espíritu. Él sentía la presencia del Señor como Alguien que "trabaja" en el interior de las personas y de la humanidad. El trabajo de Dios es un trabajo salvador. Lleva a la plenitud, a la felicidad, al sentido, a la salvación. Esta actividad pasa frecuentemente por la cruz, por la dificultad. Pero en esta oscuridad después de cerrar los ojos y dar la mano a los demás, encontramos la presencia liberadora de Jesús.

Contemplar la acción del Espíritu en las personas es una manera de orar. Contemplar para ir aplicándolo a la propia vida y sacarle siempre algún provecho. Un provecho que nos lleva a servir y a amar a Dios en todas las cosas, y así progresivamente descubrir la ternura y la gratitud que viene del mismo Dios, porque Él es Amor.

Estas páginas son una sencilla experiencia cotidiana de contemplación. Dios habla a través de la historia humana, de pequeños relatos, que nos pueden pasar a ti y a mí cada día. Si miramos estas historias con los ojos de Dios iremos descubriendo una Presencia que las va convirtiendo en Palabra. Estos relatos quieren ser un testimonio sencillo de cómo el Espíritu se hace presente en la luz y en la oscuridad. Las situaciones humanas nos enseñan cada día a sufrir, a reír y

a orar. Estas historias respetan la intimidad de las personas. Se han cambiado las circunstancias, nombres y detalles. Pero el fondo es el mismo. Dios se manifiesta en el cada día de nuestra vida.

Jeroni Nadal, compañero de San Ignacio y hablando de él, comentaba en uno de sus escritos: "No dejaré de recordar aquel don que tenía en todas las circunstancias, mientras hablaba, mientras trabajaba o conversaba, de asentar la presencia de Dios y saborear las cosas espirituales, de ser contemplativo incluso en medio de la acción. Solía expresar esto diciendo: "encontrar a Dios en todas las cosas".

Una mañana lluviosa

Esta mañana he salido de casa y llovía. No llevaba paraguas y me daba pereza volver atrás para buscarlo. Era tarde y, como siempre, andaba justo de tiempo. El paisaje cambia mucho cuando llueve. Se ven más coches, la gente parece más ajetreada, las motos salpican a los peatones y el asfalto agradece estar mojado.

Me encuentro en la estación del metro y dicen que ha habido inundaciones, que el próximo convoy aún tardará un cuarto de hora en llegar. No me atrevo a coger un taxi. En la calle hay mucho tráfico y aún me retrasaría más. Me tranquilizo. Me siento en un banco del andén, y observo:

Una chica, vestida de negro, con una pose triste y aburrida, lleva las uñas pintadas de morado, el pelo con mechas plateadas, unas largas medias negras y una mirada perdida. Veo tres señoras, deben tener unos cuarenta años. Hablan en voz muy alta. Dicen que los precios de los muebles han subido y no entiendo qué dicen de los horarios. Deduzco que trabajan en las casas de unas familias acomodadas de la parte alta de la ciudad. Un señor bajito, de unos sesenta años, que lleva un paquete con dificultad, y con la cara mojada que seca con el pañuelo, se queja de la lluvia y de su hijo que le encomienda esta tarea precisamente hoy. Me lo dice a mí y le miro asintiendo.

Un adolescente de unos quince años lleva una carpeta bajo el brazo: fotografías, pegatinas, rock, y algunos cantantes ingleses de moda. Me pregunta qué hora es y después me pide un cigarrillo. No llevo. Se lo digo y se va contrariado.

Se empieza a llenar el andén. Crece el ruido, comentarios, algunos gritos. Pasa, entre la gente, un trabajador del Metro, hace

gestos de no saber nada. La gente lo increpa. Entra, por fin, en el refugio que supone la cabina del andén. Un altavoz da una información. No se entiende nada. Lo repite. Parece decir "hasta Urquinaona".

Y yo, Señor, estoy aquí. Entre tu humanidad que tanto amas. Hombres y mujeres que esperan, que sufren, que luchan y que probablemente te conocen poco. Pero tú estás con ellos. Te intuyo detrás de la chica vestida de negro que busca otra cosa, en las señoras, trabajadoras como tú, en el hombre que tiene que cargar ese paquete sin saber por qué, en el adolescente que no termina de encontrarse a sí mismo... y en todo este pueblo que, bajo tierra, espera el metro esta mañana de lluvia del mes de febrero.

La viejecita del barrio

He ido a dar la comunión a una viejecita del barrio. Tiene noventa años y está sentada en una silla de donde no se mueve hasta que la meten en cama. Casi no habla. Sólo mira, sonríe y reza. Entro en su cuarto y me saluda levantando la mano con dificultad. Su hija ha preparado un pequeño altar en la mesita de noche: una cruz, una vela, un jarrón con flores y una estampa de la Virgen de Montserrat. La viejecita señala con emoción el altar. Hoy es domingo y ella lo sabe porque le llevo la comunión. El domingo es el día de la Resurrección de Jesús, de la gratuidad de Dios, del anuncio de una tierra nueva. Y ahora se concreta en este momento sencillo y solemne, en la participación de esta viejecita en la Vida, Muerte y Resurrección de Jesús.

Empezamos: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo..." Hace la señal de la cruz con dificultad; yo la ayudo cogiéndole el brazo. Decimos el Padrenuestro. Lo aprendió de sus padres al principio del siglo veinte que ahora terminamos. Lo decimos despacio. Ella lo recita día tras día en los largos ratos de soledad. Padre nuestro, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad. Danos el pan de cada día. Señor no soy digno de que entres en mi casa. El Cuerpo de Cristo. Amén. La sencillez del pan de Jesús, de su vida gastada por amor, entra en comunión con una vida gastada y probada durante noventa años. Cierra los ojos y reza. Después, otra vez, Padrenuestro, Dios te salve María, Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo... Nos miramos en silencio. Ella, agradecida, quiere darme la mano. Le digo unas palabras de ánimo y afecto. Tengo la impresión que no me hace caso porque mira más allá. Presiento la presencia de Dios en su paz y en su pobreza. Viejecita de mi barrio, ora por nosotros. Amén.

Jorge me ha llamado

Esta mañana me ha llamado Jorge: "Mi madre tiene cáncer. El médico dice que le quedan tres meses de vida. Ella todavía no sabe nada. Quiero hablar contigo". Quedamos esa misma tarde a las seis.

Cuando llego al local de la comunidad de jóvenes, Jorge está rezando en la capilla. Me ve llegar, se levanta, nos saludamos y empezamos a hablar. "Somos cinco hermanos, ya lo sabes. Papá en el paro, mamá que se va. Yo soy el mayor y estoy en COU". Me cuenta detalles: el hospital, el médico, el padre, los hermanos. "Tendré que ponerme a trabajar y si puedo haré la Selectividad. ¡Y yo que quería estudiar Biología! No me importa, estoy dispuesto a asumirlo. Me siento con fuerzas, pero ayúdame! Recuerdo el año pasado cuando me confirmé y pedí tener confianza en Dios, incluso en los momentos más difíciles de la vida. No sé qué haré, pero tengo la impresión que ha llegado el momento de la verdad. Quiero ser fuerte". Los ojos se le enrojecen. Lo escucho. Me produce un gran respeto.

Después me cuenta que su tío se ha portado muy bien y que entre los hermanos hay más unión. Su padre disimula pero lo pasa muy mal. Me dice que mañana tiene un examen de mates y que no sabe si presentarse o no, aunque cree que sí. Mira el reloj, se levanta, nos damos la mano. Me sonrío. Me da las gracias y se va. Señor, te pido por la madre de Jorge y por toda su familia. Te doy gracias por la lección de entereza, de coraje, de humanidad y de fe que he recibido.

Aprender a amar

Hoy quiero, ¡Señor, leer contigo la carta que he recibido de mi amigo Ton!. Dice: "Hacía tiempo que te quería escribir o llamar. Cuando voy a Barcelona es por motivos de trabajo y normalmente bajo con mi padre y casi no tengo tiempo. Hoy tengo un rato y te quiero comunicar cosas que llevo dentro: Me falta un año para terminar la carrera. ¡Ya toca! Menos mal que decidí hacerla de tres años. Ya sabes cuánto me cuesta ponerme a estudiar. Soy demasiado disperso y activo, aunque mis padres me dicen que soy un vago. Cuando acabe me tocará ponerme a buscar trabajo y aún tengo que ver si me hago objetor.

Dejé de salir con Rosa. Hace cuatro meses. Fue de mutuo acuerdo y sin estridencias aparentes. He ido perdiendo ese primer

impulso y entusiasmo hacia ella. Y me parece que a Rosa le ha pasado lo mismo, aunque no me lo ha dicho. Sé, por algunos amigos, todo lo que ha llorado. Yo he sufrido y aún sufro por ella, pero no sé qué hacer. Sin embargo, lo que parece claro es que no somos el uno para el otro. La quiero como a una buena amiga y nada más. El primer mes lo pasé fatal. Me encontraba raro, como si hubiera perdido algo dentro de mí.

Desde hace dos o tres meses he cambiado respecto a la manera de situarme frente las chicas. Es muy curioso ¿Recuerdas que tenía fama de ligón? Ahora no me conocerías. Por encima de todo, estoy empezando a ver las chicas como personas. Y esta idea me satisface mucho. Me explico: Antes de empezar a salir con Rosa intentaba "ligármelas a todas". En el fondo buscaba satisfacer una especie de inseguridad interior. Aunque parecía muy seguro por fuera. Veía a las chicas más como a objetos a conquistar que como personas. Después, al empezar a salir con ella a finales de COU (el catorce de mayo después del examen de mates), descubrí la ternura, la comunicación profunda con ella... pero reconozco que me buscaba demasiado a mí mismo. Y, como tú sabes, quemamos etapas, fuimos demasiado lejos. No nos conocíamos, no teníamos un proyecto serio. Era un juego. Le hice daño. Lo sé y lo siento.

Ahora, es curioso, cuando no salgo con ninguna chica estoy descubriendo las chicas. Me gustaría contarlo a la gente de COU de ahora. A todo esto, y aunque parezca muy místico, me ha ayudado la fe. Cuando veo la limpieza con la que Jesús trataba a las mujeres, se me pone la piel de gallina. La adúltera, la prostituta, la amiga... son personas con capacidad de amar. Mira su corazón, lo mejor que hay en ellas. Las trata como seres humanos. Recuerdo que en unas clases de filo me explicaron lo del eros y el ágape. Ahora lo entiendo vitalmente, no teóricamente. No sé como será la compañera de mi vida, pero me gustaría amarla de forma diferente". Te doy gracias, Señor, porque Toni está aprendiendo la asignatura más difícil de la vida: amar.

Era demasiado rico

Hoy he leído en el Evangelio aquel fragmento que habla de un joven que se encuentra contigo. Impresionante. El joven dice: Maestro, ¿qué puedo hacer para ganar la vida eterna? Y tú le contestas: Ya lo sabes, sé buen cristiano: activo en las reuniones de grupo, sirve a los

demás, ama a tus padres y hermanos, estudia en serio, participa en la Eucaristía, haz algún retiro de vez en cuando, no te dejes llevar por el hedonismo y la sensualidad... Y el joven te replica: Esto es lo que hacemos en nuestro grupo. Ya hace tiempo que caminamos en este sentido. Buscamos ser coherentes con nuestra fe. Pero, al menos a mí, me queda corto. Tengo la impresión que quiero más.

Y tú te lo miras con ternura, ves en él un gran deseo de generosidad. Tú, que ves el corazón de las personas y que entiendes de generosidad y amor. Y le dices a continuación: Corre, dalo todo. Date a ti mismo. No des cosas. Entrégate totalmente. Déjalo todo y sígueme. Y así lo tendrás todo.

Entonces el joven se entristeció. Tenía un futuro muy brillante, unos hábitos ya adquiridos, unas buenas notas en la carrera, todos le apreciaban, era un líder, se creía indispensable, se apoyaba en él mismo... era demasiado rico. Sí, se entristeció. Pensaba que seguirte era dar cosas y reservarse otras. No entendió lo que el Evangelio dice de ti: "los amó hasta el extremo". Y el joven rico no captó dónde se hallaba la verdadera riqueza. Señor te pido por el joven rico que hay en cada uno de nosotros. Haznos simplemente jóvenes, abiertos, generosos y disponibles a tu palabra de vida.

Bienaventurados los que luchan por la paz

Ayer fui a despedir a dos de mis compañeros, Paco y Silvestre, a la estación. Van como voluntarios a Croacia con un grupo de jesuitas europeos. Quieren colaborar en la reconstrucción de un hospital y participar en la animación de un barrio desmoralizado por la guerra.

Yo también, Señor, estoy desmoralizado, triste y desconcertado. Hoy he escuchado por la radio una vez más expresiones como "limpieza étnica", "retirada de cascos azules", "impotencia de los países europeos", y un locutor comentaba con ironía esas palabras que se pronunciaron al finalizar la Segunda Guerra Mundial: "¡nunca más!".

Esta guerra forma parte del gran número de conflictos bélicos que ocurren en el mundo. Hemos llegado a la luna, nos comunicamos por "módem"... y no aprendemos a vivir como hermanos. Yo también, Señor, estoy desmoralizado, triste y desconcertado. Después de años y años repetimos la aberración del Calvario. El juicio, la condena y la

muerte violenta del inocente. Y detrás de este inocente se acumulan millones de personas de toda la historia; de una historia llena de sangre, de llanto y de sufrimiento humano. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia... porque (agnósticos, cristianos, musulmanes) sois semilla del Reino Dios.

Bienaventurados los que lloráis de rabia porque vuestro llanto es el llanto de Jesús. Bienaventurados los luchadores por la paz porque habéis captado el Espíritu del nuevo cielo y la tierra nueva.

- ¡Ay de vosotros los perseguidores porque ya estáis muertos!
- ¡Ay de vosotros los que provocáis el lloro de vuestros hermanos porque el llanto del pobre es un diluvio que os ahogará!
- ¡Ay de vosotros los mezquinos de corazón: países, gobiernos, y personas que toleran los genocidios, el comercio de armas a cambio de mantener vuestro nivel de vida, porque vuestra insolidaridad se volverá contra vosotros!

Señor Jesús, bienaventurado, haz que nuestra vida tenga horizontes amplios, mirada generosa, manos abiertas, estilo solidario. Que sepamos reaccionar ante la tentación de alinearnos con aquellas actitudes que hacen tanto daño a tus hijos.

La reunión del grupo

Hemos terminado la reunión de grupo. Vuelvo a casa. Son las doce de la noche. Me vienen a la memoria los rostros de aquellos jóvenes que quieren encontrarse para compartir su vida. Nuria y el problema con su trabajo, Pepe y su deseo de llevar adelante la comunidad, Carmen y sus crisis con el chico que sale, Ana y el impacto de los pobres, Toni y su deseo de entrega total, María y sus depre.... Paco y sus padres, Claudio y sus miedos, Blanca y los estudios, Ignacio y la enfermedad de su hermana...

Señor, son tuyos. Es un don ser testimonio de la vitalidad y de las esperanzas de las personas. Y a la vez de los miedos, las angustias, y las frustraciones. Y juntos, a trancas y barrancas, nos acercamos a ti. Modernos y post-modernos, con pareja o sin ella, trabajando o en el paro, con depre o con euforia... presiento en ellos tu presencia. Una cercanía que se expresa en la alegría al encontrarnos, en la oración

inicial, en el acogedor silencio que se produce cuando alguien habla, en el consejo que se da cargado de sabiduría y de sensibilidad, en el arranque de radicalidad que a menudo aparece, en los ojos que se esfuerzan en mantenerse abiertos después de una jornada de trabajo o de estudio.

Jesús, maestro y amigo, quiero sentirme en comunión con aquel grupo que tú también acompañabas. Pedro y su impetuosidad sin condiciones, Magdalena y su ternura, Marta y sus agobios, María y sus prioridades, Mateo y su cambio radical, Judas y su bolsa...

Sin comprender demasiado las razones te seguimos. Tu persona y tu proyecto nos han cautivado, seducido, impactado. Cuando miramos atrás, comprendemos más tu presencia incondicional. Pero aún nos queda mucho por aprender. Queremos amar, perdonar, luchar, esperar como tú lo hiciste... o ya lo estás haciendo a través de nosotros. Gracias.

He dicho que sí

Oscar nos lo comunicó al grupo aquella tarde del mes de abril. "Quiero entrar en la Compañía de Jesús. Llevo mucho tiempo pensándolo. Me he pasado un año haciendo oídos sordos, pero, finalmente, he dicho sí". El grupo escuchaba en silencio.

Todo empezó en el campamento de hace dos años; en aquel turno donde también participaron Judit, Víctor y Pepe. Me apunté porque faltaban monitores, pero no me apetecía demasiado. Judit insistió mucho, sobretodo porque toco la guitarra. Recuerdo que lo pasamos muy bien. En resumen: cuando jugábamos con los niños o íbamos de excursión, sentía como un deseo de entregarme a ellos y esto me llenaba de satisfacción. Nacía en mi interior una nueva sensación. Yo no sabía qué era. Por la noche, después de la oración que hacíamos juntos antes de ir a dormir, me gustaba mirar las estrellas. Y surgió la pregunta: ¿qué quieres, Señor?

Sin embargo, de esto hace ya dos años. Durante este tiempo se me repetía en mí interior: ¿Y por qué no una entrega total? Al pensarlo, sentía una alegría nueva y, a la vez, una resistencia. Al considerar otras alternativas (pareja, vida laical...) me parecía magnífico. Vosotros sabéis cómo me gustan las chicas y el valor que doy a la familia, pero me resultaba pequeño, aunque no lo es.

Retiros, acompañamiento, darle vueltas y más. No me decidía. Tenía miedo a equivocarme, esperaba que bajase un angelito del cielo, me encerraba en mí mismo, tenía miedo de lo que me dijeran mis padres. A la vez notaba que se me decía: "si quieres..." y en el fondo me producía una gran ilusión, pero la reprimía, como si tuviera un tesoro escondido y no lo quisiera desenterrar.

Finalmente, hace dos meses, al volver del voluntariado y, subiendo por las Ramblas viendo gente tan diversa, dije: lo que quieras, aquí estoy... no soy gran cosa, pero aquí estoy..." Me invadió una gran confianza. Cogí el metro y tenía la sensación que la gente me miraba, pero me sentía contento. Han pasado muchas cosas desde entonces, pero esto es lo esencial. Quizá os parezca una locura. Mis padres ya lo saben. Han reaccionado mejor de lo que me esperaba. Tenían otros planes para mi futuro. Pero me han dicho que quieren lo mejor para mí. Les resulta difícil, pero son muy auténticos. Mi hermano mayor me apoya mucho.

Después vino un largo minuto de silencio. Nadie se atrevía a romperlo. Unos quedaron atónitos, otros ya se lo esperaban. Empezaron a llover comentarios: "...que uno se puede comprometer sin necesidad de ser religioso, que yo alguna vez también me lo he planteado y estoy abierto, que mi sueño es otro, que si casarse o no, que la importancia de la oración personal, que es la primera vocación religiosa del grupo, que ser laico también es una vocación, que estoy muy contento, que me has dejado de piedra, que el grupo le tiene que apoyar, que...

Gracias Señor porque sigues llamando a cada uno por su nombre en las diferentes vocaciones de tu Iglesia.

Turno de noche

He tenido una charla con Teresa. Es enfermera de un gran hospital. Hace turnos de día y turnos de noche, y siempre lleva el sueño descompensado. Me dice que al principio le costaba pero que ahora ya se va acostumbrando.

Estuvo un tiempo en urgencias, después en la UVI y ahora con niños, la mayor parte de ellos con cáncer. Con una gran naturalidad me cuenta tantas cosas... Los rostros de las madres, la aparente

tranquilidad de los padres, las ganas de jugar de los niños, la solidaridad de las familias, la ambigua profesionalidad de algunos médicos y enfermeras, y la ternura y coraje de otros. Lo que más me impresiona de Teresa es la firmeza y la sencillez que transparenta. Me dice que, cuando está en la sala, haciendo guardia, por la noche y esperando si alguien necesita algo, lee los textos de la misa del día. Le digo que esto es una Eucaristía sobre el mundo, que el altar es la cama y que Cristo es el enfermo. Veo

[Tomado de dirección electrónica: <http://www.fespinal.com/espinal/castellano/eides/eies19.htm>]

Dios, Padre Nuestro

Padre nuestro que estás en medio
de millones de niños hambrientos.

Santificado sea tu nombre
en los pobres y en los humildes
Venga a nosotros tu reino
de ternura, de amor, de fraternidad.

Hágase tu voluntad
que es liberación y evangelio
para proclamar a todo el mundo.
Danos hoy nuestro pan de cada día:

el pan de la casa, de la paz,
del saber, del trabajo,
de la salud, de tu Palabra.

Perdónanos, Señor,
por olvidar a nuestros hermanos.

Líbranos del mal
y de la tentación de pensar
sólo en nosotros mismos. Amén

INFANCIA MISIONERA 1999